

Monseñor Angelelli

La memoria de Santos y año

"Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser la Iglesia de mártires... Es un testimonio que no hay que olvidar... En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, militantes desconocidos de la causa de Dios. En la medida de lo posible no debe perderse en la Iglesia, su testimonio...es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio..."
Juan Pablo II, n° 37,
"Tertio millennio adveniente", 1994.

¿Qué sentido tiene reconocer, recordar y celebrar la vida de nuestros Santos y Mártires?

El último documento de nuestros obispos, del 13 de mayo, dice "...entre todas las heridas a la dignidad una conserva toda su actualidad en el umbral del nuevo milenio, la justicia demasiado largamente esperada... entre ellas, el problema de la pobreza, que se extiende y agrava hasta dimensiones infrahumanas de miseria...", citando un texto anterior, de Julio del 1990.

Pasaron diez años. Y repetimos: "...justicia demasiado largamente esperada..." ¿Hasta cuándo vamos a esperar? ¿Qué más debemos esperar? ¿De quién, quiénes, tenemos que esperar? Los "heridos" no tienen tiempo para esperar. La "dignidad herida" es también el ardor en el estómago vacío. Es la piel lastimada por el frío. Es la columna que se dobla por el cansancio. Son las llagas de la enfermedad. Son las lágrimas de la impotencia.

El 11 de Julio de este año, durante un almuerzo, Monseñor Jorge Casaretto, titular de Cáritas Nacional, junto a De la Rúa y la ministra de Desarrollo Social, Graciela Fernández Meijide, reiteró que "el tema de la exclusión social no ha disminuido" y exigió "respuestas urgentes ante la lentitud de las políticas sociales".

Y queremos ser claros. No alcanza que repartamos cajas y bolsones. No alcanzan las "políticas sociales" que quieren poner una "malla de contención" a la pobreza, como gustan decir los funcionarios y los tecnócratas de los organismos financieros internacionales. No sólo no cubren las necesidades ele-

mentales, sino que lastiman la dignidad y aumentan la mendicidad. No alcanzan los planes "Trabajar", "Volver al trabajo" o los "Primer paso", sólo intentan disimular el desempleo y achicar aún más los precarios salarios.

Tampoco alcanza que los cristianos, que la jerarquía eclesiástica recuerde a los que gobiernan que hay miseria y que deben hacer algo pronto. Si no se denuncia el modelo de exclusión y no se señalan los responsables de estas situaciones se cae en la hipocresía. Si no se recuerda que el "nudo" de la cuestión social es el trabajo, se oculta la verdad.

Por eso debemos reclamar y exigir trabajo y salarios dignos, particularmente en nuestro Año Santo. Porque ese era "el espíritu" de los jubileos. Los que se habían enriquecido, acumulado, bienes, tierra, granos, animales...apropiándose del sudor de los trabajadores, devolvieran toda esa riqueza a sus legítimos dueños, pobres y esclavos de Israel.

Los santos y los mártires, fueron capaces de mostrar con sus propias vidas que el Dios de Jesús, el Dios de los Jubileos, que el Dios de la Buena Nueva para los excluidos, acompaña y sostiene el grito y el reclamo de los que se han cansado de tanto esperar la justicia. La que supone, mirando desde el mundo del pobre, una injusticia demasiado largamente sufrida. La historia cotidiana de santos y mártires, sus cuerpos y sangre, derramados, entregados, martirizados, son "eucarísticos", acción de gracias y alabanza al Dios del Jubileo, cuya voluntad y deseo es beber el vino nuevo en su Reino.

Acción de gracias y alabanza por la vida del pro-

eucarística Mártires del Jubilar

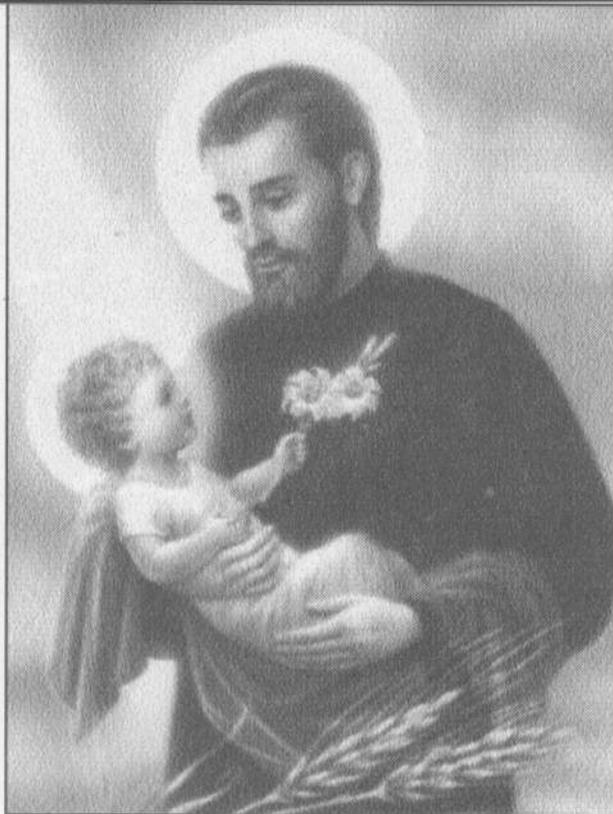
feta crucificado, que ha comprometido su carne en defensa de los olvidados de su pueblo. Sus vidas no son eucarísticas por la cantidad de misas vividas o celebradas, o por la cantidad de comuniones recibidas. Sus gestos, acciones, sueños, esperanzas, conflictos, emprendimientos y anhelos, son una "eucaristía" tenaz y constante. Sus vidas son pan compartido, comida, entregado, para que otros tengan "vida abundante", en la mesa del Reino. Así, sus historias son eco, anánmesis y transparencia del "cuerpo y sangre del Señor", vino y pan de aquella cena, preámbulo de la muerte del profeta nazareno.

Los santos, los mártires, son profetas que han labrado con sangre la verdad que anuncian. La "buena nueva" se hace en ellos acontecimiento. La "palabra" se hace "historia". Ecos patentes del antiguo mensaje de esperanza. "... el Espíritu me ha ungido para anunciar liberación..." Hay una intrínseca relación entre palabra y compromiso, lo dicho y lo hecho. El relato de sus historias es signo eficaz de libertad, "sacramento" de tiempos nuevos.

Hoy, esta coherencia, esta ética del lenguaje (el texto se hace verdadero-verdad en la historia cotidiana) no está de moda. Hoy importa muchísimo más el resultado mediático, la oferta comunicacional, el acierto en la imagen, el color del maquillaje. No importa que el discurso sea verdadero o falso, auténtico o ladino, importa su eficacia publicitaria.

Las historias de santos y mártires, nos advierten de este riesgo marquetinero. La devoción popular muchas veces ignora esta relación. Por eso el "santito" se convierte sólo en un bálsamo o receptáculo de mis quejas, temores, angustias, incertidumbres, miedos, tristezas, necesidades. En el santito descargo todas mis preocupaciones y no terminamos de descubrir que la memoria, el recuerdo de la vida del santo es para mí también un compromiso, un desafío, un acicate, un llamado. La vida del santo y del mártir me convocan a la acción, a la fe sin retaceos, a la ética del lenguaje, a hacerme "eucaristía", pan masticado. La vida del santo y del mártir son desafíos a mi historia, a mi manera de vivir, soñar, actuar, esperar.

La devoción popular intuye con certeza que santos y mártires están de su lado. Pero la "intuición cierta" debe explicitarse y ahondarse en la fe tenaz del que se siente discípulo, debe ahondarse como



San Cayetano

certeza invencible. Ellos entregaron sus vidas en el intento de hacer realidad el "Año Jubilar", buena noticia para mendigos y periféricos.

La manera de vivir y la manera de morir de los santos y mártires, como la del Nazareno, nos recuerdan aquella bienaventuranza proclamada por un desconocido "... feliz el que pueda comer en el banquete del Reino de Dios..." (Lucas,14,15). Un "sin nombre", pero conocedor profundo de la tristeza de los que tienen hambre y sed. Seguramente conocía el anuncio y la promesa del Dios del Jubileo, "leche abundante, buen vino y miel de la mejor" para los hijos e hijas del pueblo. Seguramente conocía la voluntad de ese Dios, fiesta y banquete para los empobrecidos.

Hoy, ¿cómo proclamar esta bienaventuranza cuando en la Argentina, según datos oficiales, doce millones de hermanos y hermanas son pobres y la falta de trabajo castiga a otros cuatro millones? ¿Cómo hablar del Dios del Jubileo sin que suene a mentira, engaño, o peor, a consuelos facilistas, alienantes? ¿Alcanza con la procesión y las velas entregadas a San Cayetano? ¿Será ésta la tónica del Encuentro Eucarístico en Córdoba? ¿Cómo hacer que aquella felicidad prometida, aquel banquete anunciado, comiencen a hacerse realidad?

Seguramente no hará falta mirar lejos, bastará con sensibilizar nuestro corazón y recuperar aquella certeza invencible, no tanto como un consuelo, sino como un desafío, al estilo de los santos, como Cayetano y los mártires, como Enrique Angelelli, para ser fieles y en su memoria.

P. Nicolás Alessio
Párroco de San Cayetano
B° Altamira, Córdoba.